

Gonzalo Torrente Ballester

Crónica del rey pasmado



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1998
Tercera edición: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Gonzalo Torrente Ballester y Herederos de Gonzalo Torrente Ballester, 1989
© Alianza Editorial, S.A., Madrid, 1998, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-343-9
Depósito legal: M. 33.535-2018
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

*A mi colega Jesús Ferrero,
fraternalmente*

G. T. B.

Índice

Crónica del rey pasmado

- 13 Capítulo 1
- 51 Capítulo 2
- 84 Capítulo 3
- 144 Capítulo 4
- 180 Cabos sueltos y olvidos

Crónica del rey pasmado

Capítulo 1

1. La madrugada de aquel domingo, tantos de octubre, fue de milagros, maravillas y sorpresas, si bien hubiera, como siempre, desacuerdo entre testigos y testimonios. Más exacto sería, seguramente, decir que todo el mundo habló de ellos, aunque nadie los viera; pero como la exactitud es imposible, más vale dejar las cosas como las cuentan y contaron: si no fue el socavón de la calle del Pez, que quedó a la vista del mundo durante todo el día, y la gente acudió a verlo y a olerlo como si fuera la abada. El percance, según se relata, fue, por ejemplo, así: una vieja, de madrugada, vio salir una víbora de debajo de una piedra: la víbora echó a correr hacia abajo como pudo haber echado a correr hacia arriba; pero lo que vio el talabartero de la calle de San Roque ya no fue una víbora, sino una culebra de regular tamaño, que también echó a correr, hacia arriba o hacia abajo, la dirección no figura. La beata que salía de San Ginés, de oír la misa de alba, vio un verdadero culebrón que, ése sí, llevaba cami-

no del alcázar, más o menos, y, finalmente, alguien de la Guardia Valona que iba al servicio o salía de él (esto no queda muy preciso), lo que pudo contemplar, atónito o desorbitado, fue una gigantesca boa que rodeaba al alcázar, por la parte que se apoya en la tierra o coincide con ella, y parecía apretar el edificio con ánimo de derribarlo, o al menos de estrujarlo, lo que parece más verosímil, al menos desde un punto de vista de la semántica. El guardia valón empezó a pegar gritos en su lengua, pero, como nadie lo entendía, dio tiempo a que la gigantesca serpiente desistiese de su empeño, al menos en apariencia, y se deslizase con suavidad pasmosa hacia el Campo del Moro, donde fue rastreada en vano durante toda la mañana por equipos de expertos que se turnaban cada hora. Lo del tesoro de monedas antiguas se atribuyó a la suerte de un niño, pero había algunas variantes en la localización del hallazgo: según unos, fuera del portillo de Embajadores, conforme se sale, a la derecha; según otros, a la salida de la puerta de Toledo, según se sale, a la izquierda. Ni el tesoro ni el niño fueron habidos.

Las campanas de Santa Águeda tocando solas las oyó todo el mundo; pero, ¿quién es todo el mundo? Lo de las voces angustiosas saliendo de una casa en ruinas vino del barrio de Las Vistillas: unas voces tremendas y doloridas, de condenados al fuego eterno o cosa así, aunque también pudieran corresponder a penitentes del Purgatorio: eran, miren qué cosas, voces pestilentes. Lo que se pudo comprobar por quien quisiera hacerlo fue lo de la calle del Pez: en efecto, había un socavón que atravesaba la calle en línea quebrada, de sur a norte; en un principio, al parecer, salían de la grieta (de la sima, según los

primeros testigos, desconocidos) gases sulfurosos, por lo que todo el mundo pensó, y con razón, que en el fondo de la grieta empezaba el infierno, sobre todo, si se tiene en cuenta que, con los gases, salían rugidos de dolor y blasfemias espantosas; pero cuando la gente empezó a juntarse y echar su cuarto a espadas, la sima ya no lo era, y no olía peor que la misma calle. Se conoce que los gases se habían agotado.

2. El párroco de San Martín, el de la capa, don Secundino Mirambel Pacheco, había estado de joven en las Indias, y del viaje por mar se había traído un catalejo, regalo de un piloto genovés con el que hiciera amistad durante la travesía. Todas las noches, don Secundino escrutaba el cielo con aquel aparato, si la noche era medianamente clara o si las estrellas se distinguían con suficiente fulgor. Durante mucho tiempo, don Secundino no pasó de perito en estrellas, de las que hablaba a sus amigos cuando tomaba el chocolate, por las tardes, y con algunos allegados; pero a la gente las cuestiones de la bóveda celeste no parecían importarle más de lo aconsejado por los predicadores, que solían ponerla como ejemplo de la afición que la Divinidad tenía a la belleza, y también de obediencia, moviéndose como se movían conforme a las órdenes recibidas hace muchos siglos no se sabe cuántos ni conviene investigar. Una noche, sin embargo, una noche de sábado, descubrió, además de las estrellas, brujas, y consideró oportuno dar cuenta al Santo Oficio de su descubrimiento. Después de una sesión secreta, el Gran Inquisidor, en persona, encargó a don Secundino un informe semanal

sobre la calidad y el número de brujas concurrentes, y posiblemente los brujos que transitaban la noche sabatina de la villa, aunque no fuera más que por razones de estadística. Aquella mañana del domingo, tantos de octubre, una mañana tibia y soleada, don Secundino Mirambel redactó su informe semanal con los acostumbrados escrúpulos y la bella prosa de quien había abrevado en los mejores clásicos latinos y aprendido el castellano en los alrededores de Écija: si ceceaba un poco, el ceceo no se transmitía al papel. Salió de casa con la fresca, entregó el informe a un fámulo de la Santa Inquisición, y regresó a su casa después de decir misa, tomarse un chocolate y beberse un vaso de agua fresca, como le pedía el cuerpo; se acostó sin desnudarse, pues, los domingos y por si acaso, sólo solía echar un sueñecito. El fámulo de la Santa Inquisición pasó el escrito a Su Excelencia, de pie desde la madrugada, con la misa ya dicha y graves problemas en el corazón y en la cabeza. Estaba en su despacho, junto a la gran sala del Consejo. Abrió el pliego de don Secundino, le echó un vistazo, pero, de pronto, algo debió de llamarle la atención, que se puso a leer atentamente, con el ceño fruncido y exclamaciones intercaladas, como:

—¡Dios nos asista! ¡A esto podíamos llegar! ¡El demonio anda suelto!

Terminó de leer, cerró el pliego, y ordenó que fuesen inmediatamente al convento de San Francisco, y que se personase fray Eugenio de Rivadesella sin otras dilaciones.

3. El conde de la Peña Andrada daba los últimos toques a su peinado delante de un espejito que le había traído

Lucrecia. Ella le miraba por detrás, les miraba a él y a su imagen del espejo. Cuando el conde soltó el peine, ella le dio un beso en el cabello y le dijo: «Estás guapísimo». Y le trajo la ropilla azul celeste para que terminara de vestirse.

—¿Se habrá despertado tu ama?

—Suele ser remolona, y más los domingos.

—Pues al Rey habrá que despertarlo. Va siendo hora.

—Yo no me atrevo, señor. Hágalo usted.

Se acercaron a la puerta del cuarto de Marfisa, y Lucrecia la abrió con precaución de silencio. Un rayo de sol cruzaba la habitación, iluminaba las grandes baldosas, blancas y rojas, del pavimento, y llegaba hasta el borde mismo del lecho. En su penumbra, dormían dos figuras: la del Rey, junto al borde; la de Marfisa, allá en el fondo. El conde se aproximó en puntillas y tocó el hombro desnudo del monarca.

—Señor, es ya la hora.

Su Majestad abrió los ojos perezosamente.

—¿Qué sucede?

—Hay que levantarse. Es tarde.

Empezaron a dar las ocho en una torre: las campanadas temblaban en el aire caliente, se dilataban, se mezclaban unas a otras, hasta parecer una sola campanada.

—¿No es muy temprano, conde?

—Tenemos que atravesar la villa.

—¿A pie?

—Espero que mi carroza nos aguarde.

El Rey se incorporó: desnudo, mostraba su delgadez, delatora de huesos delicados. Apartó la frazada y quedó en cueros.

–Acércame la ropa.

Lo hizo el conde, en silencio. El Rey empezó a vestirse.

–Me gustaría refrescarme un poco.

–No es imposible, señor.

El cuerpo de Marfisa había quedado medio al descubierto: mostraba la cabellera, la espalda, la delgada cintura, el arranque de las nalgas. El Rey la miró: con sorpresa, con estupefacción.

–¿Has visto algo más bello?

–Hay muchas cosas bellas en el mundo.

–¿Más que el cuerpo de una mujer?

–Si es el de Marfisa, difícilmente.

–Nunca había visto hasta esta noche una mujer desnuda.

–¿Y qué?

–El paraíso tiene que ser una cosa semejante.

El conde torció el morro.

–No creo que los señores inquisidores aprobasen esa idea.

–¿Qué sabrán los señores inquisidores de mujeres desnudas?

–Según ellos, todo.

El Rey se hallaba medio vestido ya. El conde pidió a Lucrecia una palangana de agua fresca. El Rey comenzó a hurgar en la escarcela.

–¿Qué busca Su Majestad?

–Ese medio ducado que dejar a Marfisa.

–¿Medio ducado nada más?

–Es lo que marca el protocolo, según tengo entendido.

El conde sonrió.

–Señor, el protocolo está anticuado, y Marfisa es la puta más cara de la villa. Por lo menos diez ducados.

El Rey le miró asombrado.

–No los tengo. Nunca he tenido diez ducados. Este medio que busco se lo tuve que pedir a mi ayuda de cámara. Después, van y lo cuentan en sus memorias.

El conde metió la mano en su escarcela y sacó una bolsa de terciopelo.

–Ahí van los diez ducados. Los tenía destinados a Lucrecia.

Lucrecia entraba con la palangana y oyó la frase del conde.

–A mí no me tiene que dar nada Su Señoría. Me considero pagada.

El Rey miró al conde, y el conde volvió a sonreír.

–A mí –dijo el Rey–, Marfisa no me dijo eso.

–Es que mi ama, señor, lo hace por oficio, y... yo, por afición, y el señor conde me dejó contenta.

–Puedes besarla en mi presencia, conde.

El Rey se chapuzó la cara y se la secó con la toalla que Lucrecia le ofrecía. Se encasquetó el sombrero, pero el conde se mantuvo destocado.

–Cubríos, conde –dijo el Rey.

El conde obedeció.

–Gracias, señor.

–Lo repetiremos en palacio, delante del Valido, para que se fastidie. Ahora, vámonos.

Lucrecia los acompañó hasta la puerta. Dio un beso al conde y le llamó guapo al oído. La carroza esperaba: poco suntuosa, pero sólida y elegante. Lucrecia agitó la mano. La carroza corría por la calle, llena de baches, como por la superficie de un espejo. El Rey miraba hacia adelante, como si le envolviese el infinito. Tenía cierta cara de pasmado.

—¿Qué miráis con tanta atención, señor?

—El cuerpo de Marfisa. No puedo ver otra cosa.

4. El ayuda de cámara que había prestado al Rey medio ducado entró en el despacho por la puerta de los confidentes, y quedó quieto, humilde, pero mirando de reajo al Valido.

—¿Sucedo algo, Cosme?

—Ate cabos Vuestra Excelencia. Su Majestad no durmió en palacio: su cama está sin deshacer, y él no aparece por ninguna parte. Ayer, cuando me despedí, me pidió medio ducado.

—¿Y qué deduces, Cosme?

—Que el Rey se fue de picos pardos, Excelencia; medio ducado es lo que pagan los reyes a sus putas, según he oído siempre.

—Hay cosas, Cosme, que no deben oírse jamás.

—Le pido perdón, Excelencia, pero, gracias a que no soy sordo, Vuestra Excelencia me recibe en secreto.

—Tienes razón, Cosme. ¿Y salió solo el Rey?

—De fijo, de fijo, no lo sé. Pero cuando yo lo dejé, estaba con el conde de la Peña Andrada.

El Valido quedó en silencio, mirando la franja de la pared frontera que lindaba con el artesonado. Una locura de esfinges y de dragones multicéfalos de muy buena factura.

—El conde de la Peña Andrada. ¿Y quién es ése?

—No podría decírselo, señor, salvo que es un caballero joven, de muy buen aspecto, a quien el Rey trata con confianza.

–Retírate, Cosme. Gracias.

Cosme se inclinó y salió por la misma puerta por la que había entrado. Entonces, el Valido hizo sonar la campanilla, de sonido fino, pero penetrante. Entró un ujier y quedó mudo junto a la puerta. El Valido escribió unas letras en un papel.

–Lleva esto al archivero mayor y que traiga en seguida lo que le pido.

Salió el ujier, el Valido murmuró:

–¿Conque de putas sin yo saberlo?

No parecía muy contenta la cara del Valido, ni muy tranquila su mirada. El archivero mayor tardó poco en llegar.

–Aquí está lo que pide, Excelencia.

–¿Te costó mucho trabajo encontrarlo?

–Ninguno, Excelencia. Estaba encima de mi mesa.

–¿Y por qué estaba allí? ¿Ha hecho alguna petición ese conde últimamente?

–No, que yo recuerde, Excelencia. Y es un nombre que no había oído nunca. Conde de la Peña Andrada. Todo es muy raro. Sin embargo...

–Sin embargo, ¿qué?

–Ahí están sus papeles. Todo en regla: es un condado que concedió el emperador, a título personal, pero declarado hereditario y de Castilla por la majestad de don Felipe II, quien asimismo concede a los titulares patente de corso contra ingleses y holandeses, a condición de que mantengan una escuadra de seis navíos y entreguen a la corona el quinto de las presas. Las cuentas las tienen claras, señor, y han pagado a los reyes de España un buen puñado de monedas y otros bienes. Hay también...

–El archivero mayor hizo una pausa y miró al Valido–
... Hay también un pleito con la casa de Andrade, por
cuestión de límites de señorío. Lo que se disputa es el
valle de Valdoviño. La causa está en la Real Chancillería
de Valladolid.

–Y eso de Valdoviño, ¿por dónde cae?

–Tiene que ser por Galicia, señor. Tierra de brujas, don-
de nada está claro. La gente buena de por allá, o se viene
a Madrid, como los de Lemos, o se queda en Salamanca,
como los de Monterrey. Aquí se citan pueblos y ciudades
de las que nadie tiene idea: Cedeira, Santa Marta de Orti-
gueira... Algo así como Caraño o Cariño, no está muy cla-
ro. Son los puertos autorizados para esa escuadra...

El Valido miró el grueso expediente, lo sopesó.

–Papeles y más papeles. Guárdeselos Vuesa Merced,
pero no los pierda de vista. Puedo necesitarlos.

El archivero mayor cogió el legajo, hizo una reveren-
cia, volvió a reverenciar al llegar a la puerta, y se fue: su
marcha coincidió con la llegada del padre Germán de
Villaescusa, un capuchino: había entrado por la puerta
de los confidentes. Hizo un profundo saludo. El Valido
se levantó y le besó la mano.

–¿Ya está enterado, padre?

–Todo el palacio lo sabe. Y el Rey acaba de regresar. No
dijo una sola palabra, se metió en sus habitaciones, se sentó
delante de una ventana, y parece que contempla el cielo.

–¿Síntomas de arrepentimiento?

–¿Cómo se puede interpretar la mirada de un hombre
al horizonte?

–De mil maneras, la mitad buenas, la mitad malas.

–Ese hombre es el Rey.

–Que acaba de pasar la noche en brazos del pecado.

–Eso es lo que parece, padre, y eso es lo malo.

–¿Su Excelencia tiene alguna otra noticia?

–Que el alcahuete fue un tal conde de la Peña Andrada, a quien desconozco.

–Yo, en cambio, he oído su nombre... Sí, déjeme pensar. Es un gallego, ¿verdad?

–Así parece.

–La presencia del Apóstol en aquellas tierras no parece favorecer la causa del Señor. Sé de muy buena tinta que más del noventa por ciento de los gallegos, clérigos incluidos, se condenan.

–¿No son muchos precitos, padre?

–Puede haber un error, pero escaso. Dejémoslo en el ochenta y nueve.

–Aun así...

–Las mujeres, las que no son brujas, son putas. Los informes del Santo Oficio lo aseguran.

–Debería haber un modo de que el Rey, sin desprenderse de esas tierras, se liberase de semejantes gentes.

–Pues no lo encuentro difícil...

El Valido imaginó al lejano Reino de Galicia ardiendo por los cuatro costados, en un gigantesco auto de fe. El remedio del padre Villaescusa siempre era el mismo.

Quedaron un momento en silencio, mirándose.

–Lo malo, padre, es que se anuncia la llegada de una flota de Indias, y, por otra parte, en los Países Bajos parece inminente una gran batalla.

El fraile se santiguó.

–Si los ingleses nos roban el oro y los holandeses la victoria, habrá que acatar la voluntad de Dios.

–Eso, padre, por supuesto. Pero la voluntad de Dios no es inflexible.

El fraile se puso en pie.

–Me pondré a orar, a ver si el Señor me inspira el remedio. Es muy temprano. De aquí a la misa solemne, falta todavía un par de horas. ¡Lo que se puede sacar de Dios en ese tiempo!

–Pues acuérdesese también de mí, padre; trasanteayer, a mi esposa le apareció el renuevo...

–Es una dura servidumbre de las mujeres, de la que se deduce su condición inferior respecto a los varones.

El Valido se levantó, se acercó al fraile y le puso las manos en los hombros.

–Pero yo necesito un heredero, padre, lo necesito más que mi propia vida, que no puede agotarse en mí mismo. Y Vuesa Reverencia conoce mis ruegos y sacrificios. El Señor parece no escucharnos, ni a mi esposa ni a mí.

–Será que sus ruegos no llegan al cielo.

–¿Es que tenemos que gritar, padre? ¿Gritar públicamente, vestirnos de penitencia, quitarnos de comer y de beber?

–No puedo responderos, señor. Voy a rezar. Algo me inspirará el Altísimo.

Hizo una nueva reverencia, algo más corta, y salió por la puerta de los confidentes.

5. Lucrecia acudió al tercer grito de Marfisa. La verdad era que no había chillado tanto como otras mañanas, en las que la oía la vecindad.

–Lucrecia, Lucrecia del demonio, ¿dónde te metes?

Lucrecia entró compungida.

–Estaba preparando el baño de la señora.

–Ah, eso me parece bien. Realmente lo que apetece mi cuerpo es un baño, pero no muy caliente. ¿Qué día hace?

–Caluroso, señora, se puede estar en el patio gracias a la sombra de la parra. Parece que el verano se dilata.

Marfisa estaba desnuda y espatarrada sobre la cama, las ropas a sus pies, hechas un gurrullo, como si las hubiera pateado.

–¿Y esos dos?

–Partieron muy de mañana, señora.

–¿Iban contentos? –Y antes de que Lucrecia le respondiese, añadió–: ¿Te pagaron?

–Encima de la mesa hay una bolsa con diez ducados de oro, y a mí el Rey me dio medio ducado. Creo que no llevaba más.

Le dio el dinero a Marfisa, y ella lo hizo tintinear.

–Por lo menos es oro. ¿Dices que diez ducados? Salen a dos y medio por cada ofensa a nuestro Señor, y la bolsa por el gatillazo. Es de buen terciopelo.

–¿Ha dicho la señora que gatillazo?

–Sí, hija mía, el quinto ya no pudo ser. Se empeñó en mirarme y remirarme, y, cuando se cansó, dijo que tenía sueño y me dejó con la miel en los labios. Justamente cuando empezaba a apetecerme. ¿Y tú?

–Yo pasé la noche, señora, en un puro gusto, con el conde encima sin quitarse, y esos ojos de gato que tiene sin dejar de mirarme. Más que de gato, de tigre. Los ojos de los tigres deben de ser así. Alumbraban toda la habitación.